

**NADA****Javier Gálvez González***Nada*

Miro en todas direcciones pero sigo sin poder ver nada distinto. Un vacío a la derecha y la misma ausencia de vida a la izquierda. En todas las direcciones sigue presente la nada. En este lugar no hay diferentes alternativas, pues todos los meridianos del planeta se dirigen hacia el norte. No hay nada más que la eterna blancura de la nieve; nada más que el azul tenebroso del hielo eterno; ese azul tan oscuro como la larga noche polar. Aquí no hay nada. El Polo Sur es el centro de lo que nunca existió, es el continente de los espacios vacíos y el punto de encuentro de las almas que dejaron su vida atrás. Aquí el rey es el hielo, el frío es su ejército que todo lo arrasa. La nieve y el viento son los únicos súbditos de este continente aislado.

Y ahora estoy aquí. Yo, Roald Amundsen, he llegado en primer lugar. Nunca nadie ha estado tan lejos de otro ser vivo como yo lo estoy ahora. He vencido en este gran reto. El 14 de diciembre de 1911 será recordado a lo largo de los siglos porque yo llegué el primero al Polo Sur.

Sabía que iba a ganar esta carrera contra los ingleses. Mis perros y mis esquíes han vencido a la fuerza del hombre. En este reino vacío donde la noche dura la mitad del año, no hay ningún vestigio del paso de Scott por el Polo Sur. Ninguna obra del ser humano rompe la monotonía del color blanco de esta naturaleza tan brutal que casi termina con nuestras vidas miles de veces cuando ascendíamos a esta fría meseta por el glaciar Axel Heiberg, ese monstruo endiablado que tantas veces nos hizo besar el hielo. Miles de grietas sin fondo esperaban ansiosas por convertirse en nuestras frías tumbas y se mantenían ocultas bajo traicioneros puentes de nieve que se hundían a nuestro paso. Hoy, en el Sur más recóndito, no hay ningún objeto artificial que me haga pensar en una derrota, pues ningún objeto fabricado por la mano del hombre ha estado nunca en este lugar hasta hoy. Mis esquíes, desgastados por el roce áspero del hielo, han rendido el merecido honor a mis antepasados nórdicos, aquellos que los crearon hace ya 5.000 años. Estas viejas tablas de madera curtida por las manos del hombre han llegado más lejos y más rápido que los automóviles, los ponis siberianos y la fuerza de los pasos de los súbditos de su majestad imperial británica.

Soy feliz por la victoria lograda, pero este frío desgarrador e interminable me impide mostrar la alegría que ahora brota de mi corazón. El hielo cubre mis cejas formando una fina pared translúcida que refracta la luz hasta hacer que todo lo que veo parezca uniformemente blanco. Ya no soy capaz de imaginar mis pestañas sin esos espesos copos de nieve uniéndose a ellas como un niño se abraza a su madre. Las negras congelaciones de mi prominente nariz reflejan la velocidad del viento que recorre incansable la vasta meseta antártica y que abraza a cada ser humano que, insolente, se atreve a penetrar en sus dominios. Ese viento, finalmente, consigue destruirnos segundo a segundo y minuto a minuto. Cada tic-tac de las agujas del reloj es un paso hacia una muerte segura. Desde la primera semana de esta infernal carrera, las congelaciones de mi rostro me han recordado lo cerca que acecha la muerte blanca, siempre agazapada, esperando a su presa, siguiendo invisible cada paso de nuestros trineos. Todos los mordiscos de esta serpiente blanca se han marcado en mi cuerpo y en mi memoria para siempre. Este terrible frío me impide sonreír por la victoria. No importa. Mis fieles compañeros, esos bravos noruegos, saben que soy feliz y que les estaré eternamente agradecido por su lucha, su esfuerzo y su sufrimiento, y por conseguir que nuestra amada bandera noruega sea la primera en ondear en el Polo Sur. *Mi destino*

Ahora que estoy sólo frente a esta inmensidad, pienso en lo cruel que puede llegar a ser el destino para mí. Yo que siempre anhelé ser el primer hombre en pisar el Polo Norte me encuentro justo en el lugar más alejado de aquél. Mi sueño de la infancia murió tan rápido como mueren las flores en los parques de Cristianía bajo los pies de los niños que, concentrados en sus juegos de pelota, no saben donde ponen los pies, destruyendo la frágil naturaleza.

Los exploradores norteamericanos ya han dejado sus huellas en el Polo Norte gracias al comandante Peary y han hundido mis sueños, marcando el que ha sido mi destino en este último año y medio, puesto que ya sólo

quedaba huérfano de héroes el Polo Sur. Estos hechos, para mí desgraciados, me obligaron a desafiar a los ingleses a la mayor carrera de la historia: 2.500 kilómetros a través del lugar más inhóspito de la tierra: la Antártida.

Ahora, ya en el Sur, cierro los ojos y no puedo dejar de pensar el momento de mi infancia en que decidí que sería explorador. Todo comenzó cuando se cruzaron en mi camino los relatos de la agonía de la expedición de Franklin en busca del paso del noroeste. Desde ese día supe que mi vida se encaminaría a llegar más al norte de donde ningún hombre llegó, y demostrar que la raza vikinga continúa latiendo en mi corazón, como lo ha hecho en el de mis antepasados a lo largo de tantas y tantas generaciones.

Si quería ser el primero en esta carrera, debía ser el mejor. Mi entrenamiento fue duro. En los inviernos de mi infancia, dormí con la ventana abierta en las heladas noches noruegas para aclimatar mi cuerpo al frío. No falté ningún día a mi cita con los ejercicios gimnásticos hasta conseguir que mi cuerpo fuese duro y flexible como el mismo hielo, ese frío ser con el que debería batirme en duelo en el futuro, pues nada más que aquello que se parece puede vencerte. Yo ganaría al hielo, al frío y al viento. Para ello utilizaría mis esquíes, los mismos que me han acompañado tantos inviernos pasados alejados del calor del hogar, los cuales han sido domados por mí día a día de duro entrenamiento, avanzando paso a paso, de la misma forma que los esquimales han sometido con el látigo al perro hasta hacerlo la herramienta perfecta para volar sobre la nieve.

En estos momentos de soledad, vuelven hasta mi cabeza los recuerdos de mis inicios aventureros, cuando sufrí la larga noche antártica que viví con la expedición belga de Adrien de Gerlache, donde el miedo a lo desconocido se hizo el dueño de todos nosotros, y cómo conseguimos sobrevivir a ella, a la primera invernada de la historia en el continente perdido. También recuerdo ahora los duros inviernos boreales vividos en compañía de los esquimales, cuando me convertí en el primer hombre en conseguir navegar el ansiado paso del noroeste. Gracias a esos pequeños seres de las nieves aprendí todo lo que un hombre debe saber para viajar por el hielo: a seleccionar y cuidar a los perros para mi trineo, a llevarlos al límite hasta exprimir la última gota de su sangre tirando con un ansia frenética por demostrar al jefe quién es el mejor perro del tiro y que por tanto debe marchar en cabeza. Aprendí a seleccionar las mejores pieles para confeccionar la ropa más cálida para soportar el intenso frío, impidiendo que el sudor se congele haciendo rígidos jerseys y pantalones. Con ellos aprendí que un hombre y sus perros pueden viajar rápidamente distancias que para un simple humano serían insalvables.

Quería ser el mejor y lo conseguí. Fui el mejor y ahora lo soy todavía más. El Polo Norte era mío. Era mi destino. Pero no pude ni siquiera intentar llegar a él. Y casi sin quererlo, el Sur se cruzó en mi camino. Todo estaba preparado para ir al norte, pero llegó la noticia que nunca quise escuchar: Peary ya lo había logrado.

### *El reto*

El que llega segundo en una carrera se queda sin la gloria que la historia guarda en un altar para los campeones. Todos señalan con el dedo a los primeros en llegar a la meta cuando pasean por las calles, pero nadie se acuerda del que cruza la línea en segunda posición. Por ello, nada me impedía intentarlo en el Sur. Era el último rincón del planeta que permanecía inaccesible para el hombre. Por eso debía ser mío.

En una carrera hay que prepararse, y yo lo estaba. En una carrera hay que estudiar al adversario, y Scott me facilitó esa labor, pues había expuesto sus planes a los cuatro vientos. Yo lo sé todo sobre él, sus fuerzas y sus debilidades; su poder y su traicionera soberbia.

En una carrera como ésta, la táctica decide el podium final, y por eso debía saber jugar con acierto mis cartas. La primera jugada que llevé a cabo fue una obra maestra digna del mejor rufián de casino. Sé que seré muy criticado por no anunciar anticipadamente que abandonaba mi proyecto del Norte para dirigirme al Sur, que renegaba de la luz de la aurora boreal para abrazar el viento austral. Oculté mis planes incluso hasta a mis camaradas para no dar pistas al adversario. Nunca olvidaré sus caras de asombro cuando les informé del cambio de planes en plena travesía del Atlántico. Ninguno se opuso, y todos decidieron aceptar el reto de esta carrera y empezaron a pensar en la forma de batir a los ingleses. Fue entonces cuando escribí a Scott informándole de mis nuevos planes desde la isla de Madeira. Él recibió mi telegrama cuando atracó con su barco en Melbourne

para repostar: pero para él y su grupo ya era tarde para reaccionar. Sus expedicionarios ya estaban escogidos y sus materiales embalados. La suerte estaba echada. En esta partida, las cartas estaban marcadas, y éstas las tenía yo en mis manos. Muchos me acusarán de ser poco deportista, por ocultarme en las sombras de la noche, pero han de saber que si le das la oportunidad a tu rival de conocerte, le estás abriendo las puertas de la victoria. No importaba que en el inicio de la carrera yo acumulara miles de millas de retraso respecto a él, pues su barco, esa mole gigantesca que transporta hasta los más selectos bocados dignos del menú de un rey, era demasiado grande para atravesar la banquisa de hielo que rodea el continente austral. Por eso, cuando nos encontramos en la Barrera de hielo de Ross con su expedición y nos visitaron en nuestra base, ya no había diferencias de tiempo a su favor.

Creo sinceramente que mi estrategia era la mejor: un grupo pequeño, fácil de controlar, de trasladar y de alimentar. Un grupo donde no existen diferentes clases entre sus miembros. En este grupo, el liderazgo no se ha impuesto desde un despacho en Londres, sino que he sido el líder porque así lo han deseado los demás. Todos hemos sido iguales a la hora de trabajar, de dormir y de comer. Todos conocíamos la nieve, el frío y el hielo. Todos hemos luchado contra los elementos de la naturaleza montados sobre nuestros esquís. Y además, contamos con nuestros 100 perros groenlandeses, los mejores tiradores de trineos del mundo. Ellos arrastrarían nuestros trineos y nos harían volar sobre la nieve hasta el Sur. En la cabaña de Scott, los espacios se dividen para los oficiales y para los marineros. En la cabaña de Scott, los esquís son unos instrumentos desconocidos para la mayoría de sus habitantes. En la cabaña de Scott, la fuerza de arrastre de los ponis siberianos no creo que resista durante un trayecto muy largo, pues la nieve es demasiado blanda para que éstos puedan caminar por ella sin hundirse. Las piernas de los ingleses deberán hacer el resto del trabajo por sí mismas y completar el final del camino. No me gustaría estar en su piel, anclado a los pesados trineos, quemando cada gramo de grasa de mi cuerpo para arrastrar un trineo a 40o bajo cero, cegados por un viento aniquilador que nunca deja de soplar. Y así todos los días durante más de tres meses, pues una carrera de 2.500 kilómetros no se termina en una mañana como en los Juegos Olímpicos. Esta es una carrera contra el oponente, pero sobre todo es una lucha contra uno mismo, pues no hay un solo minuto del día que no venga a nuestra mente la idea de volver al calor de nuestra cabaña. Volver para sentir de nuevo la sangre recorriendo nuestras manos y nuestros pies, para devolverles la vida que el frío les arrebató a cada instante. Volver atrás para poder sentir de nuevo el placer de dormir en un lecho caliente y seco, todo lo contrario que nuestros pesados sacos de dormir hechos de piel de reno, y cuyos pelos siempre terminan por encontrar la forma de llegar a todos los lugares de nuestro cuerpo. Volver para poder sentarnos a comer en una mesa, despachando cada día una comida diferente, pues creo que mi cuerpo sólo acepta nuestra monótona dieta de viaje por la necesidad de luchar contra el frío. Necesitamos ya dejar de comer pemmicam y la carne de nuestros propios perros.

Todas las noches en la tienda de campaña, después de nuestra larga marcha de cada día, no hacía más que poner en duda mis propios planteamientos como jefe de esta expedición. Siempre he creído que mi estrategia era la adecuada, pero siempre me quedaba un poco de incertidumbre por el respeto que le tengo a mi adversario. En cualquier batalla, en cualquier enfrentamiento deportivo, las dudas son las que hacen que mejores día a día para poder batir al contrario. ¿Scott lo haría mejor que yo? ¿Llegarían sus ponis más lejos de lo que yo pensaba? ¿Los coches oruga de transporte de Scott serán útiles en la nieve? ¿Serán tan fuertes los ingleses para arrastrar de sus trineos más rápido que mis perros? Yo creo que no lo van a ser, pero estos ingleses arrogantes no han dejado de sorprender a la humanidad con sus logros, aunque a decir verdad también lo han hecho gracias a la incompetencia que han mostrado durante el último siglo. Sinceramente, no entiendo cómo Scott ha planificado su expedición usando ponis sabiendo que Ernest Shackleton fracasó con ellos hace dos años en su propio intento de llegar al Polo Sur. Los ponis son incapaces de ascender por un glaciar lleno de grietas, y desde la base del glaciar hasta el mismísimo Polo aún faltan 750 kilómetros por recorrer, y otros 1.250 para regresar sanos y salvos hasta la base. Pero todavía entiendo menos que Scott haya dicho que los esquís no son válidos para hacer esta carrera. Si nuestra competición se desarrollara en el desierto del Sahara le daría totalmente la razón, pero si hay algo en la Antártida es nieve. Todo es blanco mires donde mires, y todo el mundo sabe que donde hay nieve, el esquí es la única alternativa. En Noruega llevamos miles de años esquiando. Hemos recorrido cada rincón de nuestro país sobre nuestras tablas. Nuestro ídolo nacional Fridtjof Nansen ha sido el primero en atravesar Groenlandia de este a oeste esquiando. ¿Cómo puede decir Scott que la gran barrera de hielo no es apta para esquiarla? ¿Pero si sólo son 500 kilómetros totalmente llanos! Tal vez Scott debería haber seleccionado su grupo entre esquiadores, en vez de tantos oficiales de caballería y miembros de la alta

sociedad. Para llegar hasta aquí, nosotros hemos esquiado 1.250 kilómetros delante de nuestros trineos de perros sin padecer siquiera una sola lesión. Nuestros esquíes nos han salvado de caer en miles de grietas en el hielo y lo harán de nuevo en el camino de regreso, pues confío en ellos ciegamente. Perros, trineos, esquíes y hombres entrenados para usarlos son la combinación perfecta para lograr llegar al infinito polar. Ellos me han dado esta victoria. Ellos y mis compañeros. Nunca podré encontrar una combinación más perfecta de deportistas, aventureros y leales patriotas. Ellos me han cedido el honor de hacer estos últimos pasos hasta el vértice del mundo yo solo. Me encantaría poder darles la vuelta para dedicarles una sonrisa de agradecimiento por su cortesía conmigo, pero entonces el viento me daría de lleno en la cara y helaría en mis párpados las lágrimas que sería incapaz de contener.

### *La victoria*

Ahora, aquí en el Sur, no veo por ninguna parte huellas de los ingleses, por lo que debo felicitarlos por mis decisiones. Tantos años de preparación y entrenamiento no podían haber sido inútiles. La nieve ha sido siempre mi hogar y he sabido cómo hay que tratarla. Mis cuatro compañeros en este reto me esperan para fundirnos en un abrazo. Es muy difícil poder adivinar cómo nos comportaremos al celebrar nuestra victoria, pues han sido demasiados días sufriendo para poder llegar aquí. Tanto dolor soportado, tanta rabia contenida, tanta pena por los perros que hemos sacrificado y tanto miedo a una posible derrota han logrado que nuestras mentes sean ahora una fuente inagotable de emociones contenidas. De todas formas, somos noruegos y tampoco creo que debamos darle tanta importancia a lo logrado. Bjaaland comentaba anoche en la tienda que para él esta carrera había sido un paseo en esquí, un poco larga, pero un paseo al fin y al cabo, y para un noruego, andar en esquíes es algo natural. Cómo se nota que es el mejor esquiador de Noruega. Para él, era imposible que perdiéramos.

Como jefe de esta expedición debo dar un poco de libertad a mis hombres, para que por unos breves instantes dejen de pensar en el hielo que nos acompaña a cada paso. Es mejor que hoy no piensen en nada más que en nuestra victoria. Ellos se merecen una noche de efímero placer antes de regresar hasta la lejana base. Pero nuestra alegría debe ser moderada, pues las miles de grietas que dejamos atrás en nuestra venida siguen esperándonos impacientes en nuestro regreso. Sería una desgracia que nadie conociera nunca nuestra victoria, por culpa de que nuestros diarios terminasen engullidos en una sima de hielo. Tal vez nunca nadie llegue a conocer estos pensamientos que ahora fluyen en mi mente con tanta facilidad.

Mañana, de vuelta hacia el norte, todo volverá a empezar de nuevo. Nada delante y nada detrás nuestra. Siempre la Nada.